

ENTREVISTA

JOAQUÍN GUTIERREZ

“Yo tenía cien añitos...”

Carlos Cortés



Llueve y un relámpago alumbra los 1,92 m de Joaquín Gutiérrez mientras va bajando las escaleras. En la sala resplandece un inmenso cuadro de Julio Escámez que muestra un bosque acribillado por una tormenta.

La grabadora empieza a andar justo para atrapar el sonido terrible de un trueno que se deshace en el firmamento. Gutiérrez se sienta en el lado contrario de la témpera que le pintó Guayasamín en 1957 y que lo muestra, arrugas más, arrugas menos, ahora canoso, antes retinto, tal y como ha sido siempre, con una inconfundible aura a lo Máximo Gorki tropical.

Por una ventana de la casa ronda un inmenso pastor alemán que a veces aúlla y ladra, pero la conversación que fluye y la semipenumbra de la tarde lo calman.

Joaquín Gutiérrez habla con las manos suavemente arqueadas hacia abajo, como colgando, con el cigarrillo que no se le escapa ni un segundo de su boca o de sus dedos finos de ajedrecista; pero principalmente conversa en silencio con la errática ondulación de su frente que se divierte en un sinnúmero de arrugas o en la magnética iridiscencia de las cejas pobladísimas, que se abren a sus ojos profundos y chispeantes.

Yo pienso que cada arruga de esas debe de ser un cuento, una anécdota, una frase, un personaje, una pausa, una línea en uno de los 15 libros que ha publicado y de los que se ha hecho un tiraje total, entre 145 ediciones, de casi 2,5 millones de ejemplares en 30 países y 15 idiomas.

Pero el retrato de Guayasamín, que encabeza el primer tomo de las obras completas con que la Universidad de Costa Rica lo agasajó en sus 70 años, en 1988, lo muestra demasiado severo y solemne. El papá de “Cocorí”, uno de los clásicos de la narrativa para niños de Latinoamérica, no puede dejar de prorrumper en una risotada cuando rememora con palabras largas su vida larga.

“Es que yo he tenido mucha suerte porque me ha tocado vivir momentos claves en muchas partes. Mucha suerte. Cuando estuve en la URSS me tocó Nikita Krushov y su caída. Todo eso ocurrió en los cuatro años en que estuve en Moscú. Antes había estado dos años en la China de Mao. Cuando volví a Chile llegó al poder la Unidad Popular de Allende, después

vino la revolución nicaragüense aquí”, dice el hombre que ha dedicado la última década de su vida a traducir a William Shakespeare.

“Bueno, en realidad estoy simultáneamente haciendo mis memorias, **De Greta Garbo a Ho-Chi-Minh**, y traduciendo. Lo que más me gusta a esta edad es traducir. Es donde se me van las horas y las horas. Ahora estoy con **Antonio y Cleopatra**.”

Gutiérrez olvida así su promesa de verter al castellano solo la famosa trilogía de Shakespeare: **Hamlet, Rey Lear y Macbeth**.

“¿Y por qué ahora escogí **Antonio y Cleopatra**? Porque es la obra única de Shakespeare, en la que hay grandes amores. **Romeo y Julieta** son dos pajaritos. En cambio, Antonio tiene 43 años y Cleopatra 37 cuando ocurre el amor entre ellos. Y es el mundo interior, el mundo de las pasiones, que no está en **Hamlet**—Hamlet y Ofelia no pueden tener mucha relación, ¡ja, ja!—ni en **Rey Lear**—que es el padre y la hija—y nunca en **Macbeth**.”

Antonio y Cleopatra es la única obra del clásico inglés “en que está el amor en toda su pasión. Y está toda la lucha por el poder en Roma. Logró el condenado hacer esa mezcla para dar, simultáneamente, en la misma obra, los dos grandes mundos, las dos grandes pasiones: el amor y el poder”.

Joaquín Gutiérrez también ha vivido inmerso entre dos grandes pasiones: la máquina de escribir—desde hace seis años es la computadora— y el tablero de ajedrez.

A los 21 años llegó a ser campeón nacional e intervino en el Campeonato Mundial de Ajedrez justo antes de “fugarse” para Chile, en 1939, una fecha que cambió su vida por completo.

Pero nunca abandonó el ajedrez y aun ahora, a la par de sus traducciones y de las proyectadas memorias, abraza la esperanza de publicar un volumen sobre los secretos del “juego ciencia”.

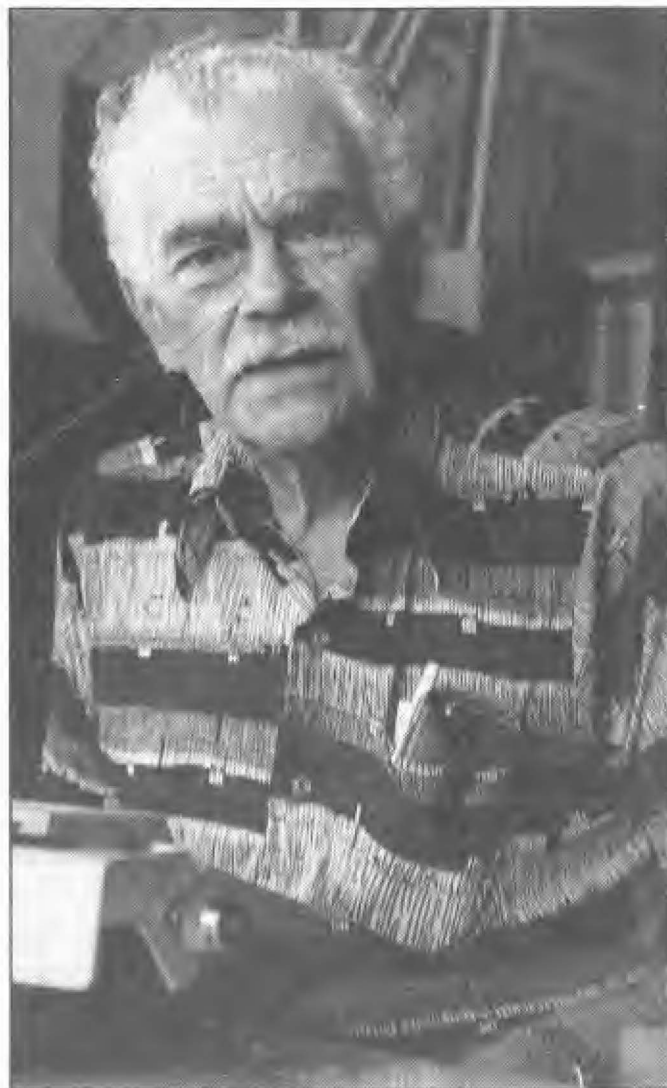
En su último libro de memorias, **Adiós, poeta**, el narrador chileno Jorge Edwards evoca a Gutiérrez al lado de Neruda y de su mujer de entonces, Delia del Carril, en el Santiago del decenio del 50, y recuerda al costarricense como “la encarnación del escritor comunista de aquellos años”.

Gutiérrez fue comunista de la mano de Carmen Lira—“Chabela”, como la rememora en sus poemas y dedicatorias—, Carlos Luis Sáenz, Carlos Luis Fallas y Manuel Mora, y su viven-

Después de vivir la década del 40 en Costa Rica, las revoluciones de Mao y de Krushov en China y la URSS y de ser compañero de Neruda y de Allende en Chile, el papá de “Cocorí” dice que el azar lo ha llevado a lugares y momentos adecuados

ENTREVISTA

“¡Cómo salí de Chile, juemialma!”



“Yo viví cosas rarísimas. Papá era Ministro de Calderón Guardia. Mi hermano era jefe de propaganda del Republicano Nacional y yo, jja, ja!, era de Vanguardia. Y así y todo comíamos y vivíamos en la misma casa”.

(De cómo el nigromante se salvó de puro milagro de los milicos, de lo que aconteció aquel remoto 11 de setiembre de 1973 y de otros sucesos asombrosos)

“

Fue bravo. Me despierto a las 6 de la mañana. llaman al teléfono y me dicen: ‘Joaquín, marejadas turbulentas’. ¿De veras?, digo yo. ‘Sí. No tengo más. Apurate’. Me vestí y me fui para la editorial Quimantú. De camino se veía cantidad de gente escapando del ataque al Palacio de La

Moneda. Cuando llegué me asomo a la ventana y enfrente estaba el ejército y cuatro ametralladoras pesadas apuntándonos. Llegó un grito de que no nos asomáramos a la ventana y gente seguía de necia y de repente todas las ventanas del tercer piso se fueron en una ráfaga. Después nos tocó ver que por ahí iban a dar la vuelta los aviones que bombardeaban La Moneda.

Los obreros no querían irse y tuve que convencerlos de que se fueran a sus casas. Cuando volví a mi oficina llegó un muchacho que me dijo: ‘Tata –yo era Tata para todos los empleados de la empresa– ¿usted ha pensado dónde se va a refugiar?’ Ah, carajo... pensé irme donde Antonio Quintana, un amigo que vivía cerca, pero por dicha no lo hice, porque lo apresaron al día siguiente. Después me di cuenta de que yo estaba en las listas de fusilamientos de los militares. Entonces pensé en otro amigo, viejo amigo, y lo llamé por teléfono. Mientras sonaba el ‘rin, rin, rin’ me quedé pensando si mejor colgaba y por suerte no lo hice. En eso descuelgan: ‘Oye –me dicen–, oí el teléfono y me apuré, porque venía llegando. ¿Qué hay de tu vida?’ Yo le dije: ‘Mirá, hace mucho que nos nos vemos, ¿me invitarías a almorzar?’

Dudó medio segundo: ‘Claro, venite’. Mientras yo llegué él despidió a la empleada, porque vivía solo. Después costó mucho que Viriato Camacho me aceptara en la Embajada tica. Ahí fue donde vino la participación de Costa Rica. Mi hermano Francisco y Jaime Gutiérrez hablaron con Don Pepe y empezaron a llegar telegramas presionando a Pinochet para que me diera el salvoconducto, hasta que me lo dieron. Pero resulta que el hijo de Viriato tenía una novia que era de Patria y Libertad –la ultraderecha–. El día que llegué a la casa del embajador me mostraron un cuartito y me fui a acostar. Cuando levanté la almohada para sacar la pijama había un rótulo que decía: ‘Yakarta’, que era lo que pegaban los fascistas en las paredes, recordando la matanza de miles de comunistas que hubo en Indonesia. No era como para pasar muy buena noche. ¿verdad?”

cia y experiencia política de la década del 40 es invaluable.

“Bueno, ese es uno de los problemas para hacer mis memorias. El año del 40 es muy rico políticamente, con grandes transformaciones. Y yo las viví muy de cerca como miembro de la dirección de Vanguardia Popular e incluso llegué a estar en la comisión política de rebote, porque resulta que a Fallas lo mandaron de planta a la zona bananera, a trabajar, y él era el encargado de propaganda durante la campaña de Teodoro Picado.”

“Yo viví cosas rarísimas. Papá, Francisco de Paula Gutiérrez, era Ministro de Hacienda de Calderón Guardia. Mi hermano Francisco, en cambio, era jefe de propaganda del Republicano Nacional, y yo... jja, ja!, era de Vanguardia. Y así y todo comíamos y vivíamos en la misma casa...” Y continúa socarronamente: “Y claro que hablábamos de política. Papá era muy amplio. Así que cómo no voy a conocer yo los entretelones de ese periodo”.

Quizás por miedo a no poder enfrentarse a ese cúmulo de imágenes y sensaciones en la que se entremezclan la emoción y la historia, Gutiérrez no se ha embarcado del todo en la escritura de sus memorias.

“Cuando tengo ganas me siento un día. Un día grabé como tres casetes con el poeta argentino Jorge Bocanera, porque es muy rico hablar con un interlocutor, pero cuando me pongo a hablar solo me digo que soy un idiota. Así que ya tengo bastantillo. Me da pereza, pero es que es tanto. Es tanto... que me da pereza, que no se cómo dividirlo, si por temas o de alguna manera que no me obligue a decirlo todo. Además, quién va a leer ese tomo que va a salir de espanto...”

Costa Rica, Chile... el memorialista piensa repartir su vasta memoria en tomos: “Dividir la infancia en Limón, la generación de los años 40. Bueno, yo ya tengo tres libros de viajes, Vietnam en guerra, La URSS tal cual y Del Mapocho al Vistula, eso me ahorro... Luego, los años en Chile, el golpe de Pinochet, la editorial Quimantú, donde hice diez millones de libros. Eso sí que fue una revolución, porque el libro se puso al precio del obrero y era una vaina tan hermosa ver aparecer un mueble nuevo en las casas de los trabajadores, la biblioteca, que no era otra cosa que dos triángulos y una tablita”.

Gutiérrez no ha olvidado a Ho-Chi-Minh y cuando logró entrevistarle en Vietnam, siendo corresponsal extranjero en Moscú, ciudad donde vivió entre 1963 y 1967. Pero también recuerda a Greta Garbo y al niño aquel que acompañó a La Divina Greta, que fue descubierta por la multitud cuando viajaba de incógnito en un barco que fondeó en Limón.

“Son anécdotas, episodios que son como minicuentitos, como esa vez que conocí a Greta Garbo. Yo tendría apenas diez o doce años. Esos son los episodios que voy haciendo para el libro y entre cada relato habría que irle poniendo tres estrellitas para separar los episodios dentro del volumen. Los libros de viajes míos son más típicamente periodismo y las memorias serían más literatura. Me da mucha pereza porque me leí el libro enorme de Luis Cardozo, que se llama El río. Novelas de caballería, y sería un poco así, pero el de Cardozo es demasiado literario para mi gusto. El mío sería entre periodismo y literatura.”

Pero de lo que está seguro Joaquín Gutiérrez es de que no más narrativa pura: “Ya no tengo tema de novela, ese se me forma por dentro muy lento, muy lento, y ya”. No en balde cierta vez acuñó la frase, que se hizo famosa, de que “los animales grandes paren muy lentamente”, en referencia a los ciclos en que se ha desarrolla-

do su propia obra.

La única excepción fue *Cocorí*, que una vez contada y recontada mil veces a su hijas, Elena y Alejandra, tardó solo una semana en escribirla. Pero su obra más largamente rumiada y metida dentro, hasta el tuétano del alma, es *Te acordás, hermano*, con la que logró el premio Casa de las Américas a los 60 años.

Parece que para cada década de su vida Joaquín Gutiérrez ha tenido algo importante y cuidadosamente madurado que decir. Después de sus libros iniciales, *Poesía* (1937) y *Jicaral* (1938), que datan del escritor veinteañero –poemarios que escondió, según confesión propia, cuando llegó al Chile de Neruda y de Gabriela Mistral–, tardó casi diez años en dar *Cocorí* y su primera novela, *Manglar*, ambas

en 1947.

Poco después surgió su primera novela madura, *Puerto Limón* (1950), y a los 50 años, en 1968, al volver de sus largos viajes por Europa, China y la Unión Soviética, publicó una obra que Neruda consideró prodigiosa: *La hoja de aire*.

Pero ya para ese entonces había escrito dos borradores de su última gran novela, *Te acordás, hermano*, que no pudo terminar sino hasta volver a Costa Rica.

“Hace unos años me mandaron de Chile unos cajones en que habían quedado escondidas esas dos versiones previas de *Te acordás, hermano*. Y no publiqué ninguna de las dos porque me faltaba vivir más años para vérmelas con el personaje. Y por cierto esos borradores

voy a tener que botarlos un día, para que no queden y después no me estén averiguando cómo fue que hice la novela”, comenta con amable sarcasmo.

Murámonos, Federico (1973), que algunos consideran su mejor obra de madurez –y que cierra con maestría el ciclo de la novela bananera que había abierto Carlos Luis Fallas con *Mamita Yunai*, tres décadas atrás–, fue publicada a sus 55 años. Un lustro después iría a editar por fin *Te acordás, hermano*, ahora en versión definitiva y rematada por un premio internacional.

Pero hace un año, para demostrar que sus “obras completas” son incompletas, Joaquín Gutiérrez escribió y publicó un nuevo poema: *Yo tenía cien añitos... ¡Y es verdad!*